

RECELOSIDAD Y PEDANTERIA. / "La Noche", Madrid,
14 enero 1912/

Recelosidad y pedantería

PIENSA mal y acerlarás.
¿Dónde y cuándo nació este aforismo? Acaso en el Paraíso mismo terrenal, á la caída de nuestros primeros padres; acaso fué también parte de la tentación demoníaca. Pero naciera donde y cuando naciese, es el caso que en pocos suelos ha debido de arraigar más y mejor que en nuestra España. El régimen de la desconfianza es una de las plagas de nuestra sociabilidad (empleando este vocablo, muy usado en la América española).

Un amigo, paisano y discípulo mío, médico inteligentísimo y fino observador, que hoy ejerce y enseña en Madrid y ha trabajado en un laboratorio de un manicomio de Washington por cuenta del Gobierno norteamericano, decíame una vez que, á juzgar por las respuestas á los interrogatorios á que se somete á los alienados cuando ingresan en cura, nuestro pueblo acusa un espíritu de recelo y desconfianza. «Allí, en Washington—venia á decirme—á donde acuden enfermos de todas naciones, no sólo yanquis, sino alemanes, irlandeses, polacos, etc., se les dirige las preguntas generales inquiriendo su estado, edad, naturaleza, etc., y contestan, en general, satisfaciendo, en cuanto saben y pueden, las preguntas. En cambio aquí, en España, es muy frecuente que, al preguntarle á un enfermo ó enferma por su edad, su estado ó su naturaleza, salga por evasivas ó por contestaciones reveladoras de recelo y desconfianza, como si con esa pregunta se tratase de burla ó de adquirir datos para molestarle en algo.» Y, en efecto, á muchos nos ha sucedido que, si en el campo, al encontrar á una muchacha, la hemos preguntado diciendo: «Di, moza, ¿cómo te llamas?», nos haya contestado: «No me llamo, me llaman», ó «como me pusieron en la pita», ó algo por el estilo; y á la pregunta de: «¿Cuántos años tienes?», esta respuesta: «Los que van desde que nací á hoy».

*Incluido en
"Inquietudes
& meditaciones"*



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

3-92



Este general estado de recelo y desconfianza, este continuo temor de que los demás vayan á molestarle ó á burlarse de él, está muy extendido en nuestro pueblo. Padece de una susceptibilidad morbosa.

¿Es justificado? ¿Puede aquí decirse aquello de «gato escaldado huye del agua fría»? ¿Se ha abusado de la credulidad ó de la confianza—acaso mejor sería llamarla para este caso *confiadez*—de nuestro pueblo más que de las de otros? Creo que puede responderse rotundamente: ¡No!

Bien sé que esta respuesta no satisfará á los que, hechos en cierto modo conciencia de ese pueblo mismo, tratan en cada caso de justificar sus defectos por participar de ellos, pues al fin y al cabo, del pueblo, de lo que así llamamos, salimos todos y todos somos pueblo. Y si éste es receloso y desconfiado, recelosos y desconfiados somos cuantos en su seno hemos nacido y en él nos hemos criado.

¡Qué triste verdad encierra aquella reciente frase de uno de nuestros más hondos y vigorosos escritores, acaso el que más, á la par que de los más amargos, que he reproducido y comentado ya antes de ahora, y que decía: «Sería yo mal español si creyese que nuestros gobernantes iban á hacerlo bien!» Esta terrible frase de Pío Baroja pone al descubierto uno de nuestros más profundos estados de ánimo colectivo.

Ya sé que hay otros que andan por ahí propalando, después de grandes elogios al pueblo español como materia prima gobernable, que no ha encontrado aún, desde hace veinte siglos, quién le dirija, como si no hubieran sido directores de pueblos los Reyes Católicos, el Cardenal Cisneros, los ministros de Carlos III y otros muchos, y no hubiesen sido empresas de dirección la conquista y colonización de América y hasta la Contrarreforma. Esas no son más que pedanterías de quienes se creen, acaso, ser los llamados á dirigir á nuestro pueblo en el sentido de la *kultur*—pues esto hay que decirlo así, en alemán—, y hasta que ellos han venido, no sabíamos aquí ni lo que es lógica, ni lo que es ética, ni lo que es estética, ni teníamos honradez científica ni moralidad.





ni nada, en fin, que valga. ¡Pedantes, pedantes, pedantes y pedantes!

Y esta pedantería de nuestros culturales es hermana gemela de la recelosidad de nuestro pueblo, más ó menos incul-to. Proceden de una misma raíz, ó, si queréis, de una misma pasión. Pues también esta pedantería es, aunque al cambiar de forma se haya afinado y pulido algo, recelo y nada más que recelo. Tampoco los *kulturales* nos quieren decir cómo se llaman y cuántos años tienen, porque estas son cosas personales, y ya sabemos que lo interesante son las cosas y no las personas, y que los hombres son para las ideas y no las ideas para los hombres; también los *kulturales*, cuando se les pregunta cómo se llaman ó cuántos años tienen, responden que no se llaman, sino les llaman, y que tienen los años que van desde que nacieron hasta el momento de la pregunta, sólo que, como su respuesta es en bastante mediano castellano y no poco embrollada con todo género de categorías, más ó menos normativas, no se ve bien su identidad con la de los otros, los populares recelosos y desconfiados.

Estos temen que, si contestan á derechas, se vayan á burlar de ellos los señoritos ó hagan con ellos algo peor que burlarse, porque eso de preguntar la edad y el nombre es cosa de subir la contribución ó enredarle á uno en líos de administración de justicia. Y los *kulturales*, por su parte, temen que, si contestan á derechas, diciendo su edad, nombre y estado, vengan los europeos, más ó menos alemanes, á burlarse de ellos —¿hay, acaso, nada más ridículo que ser español?—, ó les suban la contribución de dependencia espiritual, ó les enreden en algún lío de denigramiento de nuestra Patria.

Y así vamos, entre unos y otros, hasta que aparezca ¡por fin, al cabo de veinte siglos! el Mesías que nos saque de este pantano. Por ahí anda ya su Bautista, aunque no precisamente en el desierto ni á miel y langostas y vestido de pieles crudas, anunciándolo. ¡Esperemos!

Miguel de UNAMUNO

